

## Documental de rostros y tierras

Por RAMON DIAZ SANCHEZ

### Camino de sol en invierno

Volvimos a hallar el sol al ascender por la cuesta de la meseta. Las crispadas llanuras de Castilla crecían, duras, frente a nosotros. Olivares cetrinos y viñas podadas surgían de la tierra como muñones desesperados. Al mediodía aparecieron unas suaves colinas color violeta. Tras ellas estaba el paisaje de Andalucía. Siempre los olivares y los muñones pero en medio de un escenario más verde, más tierno y voluptuoso. Una doble fila de palmeras llenó nuestra voz de tropicales alientos. A orillas del camino álamos plateados sobre casitas blanquísimas con jardines de claveles y rosas. Oscar Palacios Herrera iba hablando de toros y recitando versos de Antonio Machado, mientras su esposa cantaba a media voz el romance de Mamburú el que se fué a la guerra. Allí, a nuestra vera, zigzagueando entre los collados, el Guadalquivir, padre de historias y de consejas.

### Córdoba

Antes de penetrar en las emociones del pasado andaluz, quisimos establecer contacto con la ciudad que nos brindaba su ternura de piedra y su romance de agua ¡Córdoba, tierra de morería, cuna de filósofos y astrólogos, de pintores y toreros!

En la plazuela de la Estación, mientras un grupo de seminaristas desfilaba bajo los castaños, tomamos una vieja cafesa y nos lanzamos a través de las calles. Palacios Herrera ocupó el pescante al lado del auriga. El pobre caballo comenzó a resoplar y a sacar chispas al empedrado.

### La Mezquita

Naturalmente lo primero que visitamos fué la Mezquita. Ninguna emoción puede compararse a la de este torbellino de piedras con sus arcos como olas y las espumas de sus calados. Dos culturas, dos civilizaciones, dos espíritus que en cierto momento encarnaron el odio de las razas y de las conciencias, están superpuestas aquí, prolongando una vieja querrela que ilumina sus símbolos y sus canciones.

Apoderados de las tres cuartas partes de España, los árabes establecieron aquí el centro de su Imperio occidental. El Califato de Córdoba llegó a ser el emporio de la economía, la industria y el arte moriscos. Un millón de habitantes albergó esta ciudad en cierto momento. Ochenta años después de la invasión sarracena, la Mezquita se alzaba ya a orillas del río, en las proximidades del Puente y el Arco que recuerdan a los romanos.

Si grande es por su extensión este templo de la fe islámica, mucho más lo es por su belleza. Mil doscientas columnas de estilos y procedencias diversos (áticas, dóricas, corintias, persas, egipcias, salomónicas, góticas) sostienen la suntuosa techumbre cuyo artesanado labraron consumados tallistas. Estas columnas están colocadas con tal simetría que por doquiera que se mire a través de ellas, siempre aparece ante la mirada el oratorio donde los mahometanos venían a prosternarse todos los días. Cada columna sirve de clave a un sistema de arcos en herradura, decorados con franjas rojas y blancas. Las capillas, que son tres, ostentan decoraciones en mosaicos bizantinos del siglo VI.

Motivo de especulación sigue siendo el injerto estético-religioso a que se sometió la Mezquita de Córdoba después de la Reconquista. Arrebatados por su encendido catolicismo los Reyes españoles quisieron dar un ejemplo de su victoria sobre la fe de los musulmanes e idearon un acto que debió parecerles más concluyente que la destrucción de aquel templo: la construcción, dentro de su recinto, de una iglesia católica. A este propósito se derribaron unas cuatrocientas columnas y en su lugar erigióse uno de los más singulares recintos del culto de Cristo. Cuéntase que cuando Carlos V advirtió esta monstruosa superfetación, sintióse desconcertado. Esto salvó aquella reliquia de la arquitectura morisca. Si se exceptúan las columnas suprimidas nada más fué destruido allí. Las techumbres talladas y coloreadas, los portales de las capillas con sus mosaicos y sus versículos coránicos grabados en oro, las losas del pavimento, fueron recubiertos con la mampostería destinada a transformar su fisonomía litúrgica. Sobre aquel tronco oriental floreció la fronda gótica y renacentista de la arquitectara católica. En medio de la arquería y los arabescos, asomaron los rostros mediterráneos de la Edad Media, las demoníacas gárgolas, los emblemas de la muerte y de los castigos.

Suntuosos son el altar consagrado a Cristo, los púlpitos ele-

vados sobre las bestias alabastrinas que simbolizan a los cuatro Evangelistas mayores, el enorme Coro con su sillería tallada y sus órganos resonantes; las lámparas, las pinturas, los candelabros, los vasos sagrados, las verjas de cobre pulido. Sin embargo, toda esta magnificencia produce una sensación de tristeza, casi de espanto, en medio del aéreo bosque de mármol que le sirve de marco.

No creo que en otra época y otro lugar se hubiese concebido una hibridación semejante. La torre desde la cual el Muecín llamaba a sus fieles a la oración, fué convertida en campanario. Las tres primitivas capillas alojaron imágenes del Santoral católico. Los pisos se cubrieron de losas mortuorias exornadas con la simbólica calavera. Hoy aquella mixtificación se hace tan chocante que a pesar del influjo que la Iglesia Católica ejerce en los destinos de España, el gobierno español ha iniciado una costosa reparación. Se está removiendo las capas de piedra y de mampostería, se descubre el piso primitivo, se restauran los mosaicos bizantinos y en el maderamen de la techumbre florecen de nuevo los inimitables colores que durante quinientos años permanecieron ocultos.

Antes de salir nuevamente al patio sembrado de naranjos, el guía cordobés nos muestra un pilar veteado de rojo, una de cuyas vetas semeja la figura de un árabe cubierto por su albornoz. Es una silueta bien definida, de aspecto noble, con la barba corta y blanca y los ojos entrecerrados. El guía sonríe. Su voz dulce y lenta y sus cabellos encanecidos acentúan su aspecto moruno. No nos dice quién fuese el primero en advertir la curiosa figura de la columna. Quizá él mismo que, día tras día viene a este lugar a repetir su lección de historia con una emoción poco común en los de su oficio.

—El interés de la figura que Uds ven aquí —nos dice— reside en que la columna perteneció a un templo romano y fué labrada varios siglos antes de la invasión de los musulmanes.

\*  
\*  
\*

Córdoba ha seguido viviendo en los avatares de su pueblo y está llena de reliquias de todas las épocas. Sus hombres son fibrosos y morenos como los olivares. Sus mujeres airosas como palmeras. A veces, en la calle asoleada, nos cruzamos con una figura parda, afilada como los sauces que despuntan en el paisaje de An-

dalucía, y nos parece que de su boca va a brotar una copla negra y ensangrentada.

En la plaza del Potro existe una fuente que fué cantada por los poetas y en una vieja casa frontera una lápida de mármol recuerda a Cervantes. A dos pasos de allí artífices cordobeses curten y repujan el cuero. La ciudad se siente orgullosa de ellos. Ha sido fecunda en artistas y artesanos, magos y juglares.

El sol de la mañana llena de reflejos cobrizos las salas donde se conservan los cuadros de Romero de Torres. Es un pequeño museo del artista instalado en la casa solariega de su familia. En esta mansión llena de verdor, los naranjeros cargados doran el esmalte de los pinos y difunden su olor de azahar por todos los recintos. Mármoles antiguos, procedentes de las ruinas romanas, capiteles griegos, torsos de Venus y Hércules, fragmentos de frisos clásicos, colman el sombreado jardín. En la cocina una variedad de fayensa española y de trabajos de hierro forjado ponen una nota típica y coloreada.

Tres son las habitaciones destinadas a las telas que el pintor dejó en manos de sus familiares y otros recuerdos de su dorada bohemia, entre éstos toda una colección de objetos que recuerdan a Lagartijo. Romero de Torres fué en la pintura lo que García Lorca en la poesía, una vibrante antena del alma andaluza. Sus mujeres arden en la fragua de su tierra como láminas de cobre encendido. Sus ojos son brasas nocturnas. Las pintó desnudas y semi-desnudas, ondulantes como llamas. Y también enlutadas, con el breviario entre las manos azules y cenizas de amor en los labios descoloridos.

Curiosos son los recuerdos del Lagartijo. Su mascarilla de yeso —casi toda la cabeza celtibera—, el vaciado de sus manos, rudas y enclavijadas, sus trajes de luces, sus estoques (algunos de ellos con guarniciones de oro), su última coleta y las tijeras con que le fué cortada, fotografías y dibujos en los que se destacan su osamenta vigorosa de juglar; programas de sus corridas, o «mediacorridas» como se las llamaba entonces. Algunos de estos programas estaban patrocinados por la Reina Gobernadora Doña Isabel II. En lo alto de las paredes testas hirsutas de toros. En vitrinas grandes y cuadradas, rojos capotes de seda, llamas que arrieron en los cosos de España y que hoy se congelan en el frío del tiempo.

Salvo excepciones, los grandes toreros han sido hombres toscos, de modales rudos y vida pintoresca. Lagartijo no parece haber sido una de las excepciones. En sus fotografías se le ve rodeado de sombreros, flores, puros y zapatillas de mujer. El Manolete, muerto recientemente por un toro, fué un personaje silencioso y avinagrado, una especie de asceta que aprendió con su arte el secreto de hacerse pagar muy bien. Una virtud le celebran en Córdoba: la de amar mucho a su madre. Allí vimos el palacete de la Señá Angustias, rodeado por una verja de hierro forjado y por la reverencia del pueblo.

### La Huerta del Tontoronjil

Con razón se ha dicho que Andalucía es la huerta de España. La Huerta del Tontoronjil que figura en los cuentos de los niños hispano-parlantes. El camino de Córdoba a Sevilla se despereza entre valles azules. Las aldeas surgen en breves y reiterados estallidos blancos, como explosiones de magnesio que retratasen el viaje de la inocencia. Una ciudad importante nos sale al paso: Ecija, la de los siete niños, a cuyo alrededor ondula el tobogán de la Sierra. En Ecija almorzamos. Dijérase que en esta ciudad, teñida de literarios romanticismos, se hubiesen concentrado todos los huérfanos de España para exhibir sus legañas y su miseria. A pesar de que el posadero les espanta a voces, ellos vuelven y giran en torno a las mesas cantando el Tontoronjil del hambre.

Hasta estas sierras llega la geografía del África. Más que las gestas de la cristiandad, el paisaje andaluz nos recuerda cosas de Oriente, cuentos de Reyes, de Magos y de bellas Huries. El torvo rencor que destruyó los jardines de los abencerrajes no ha logrado acabar con la verdura de los campos donde las almas lloran la muerte de su alegría. Aquí, en medio de estos colores y estas fragancias, la victoria no quiso ser bella: vistióse de negro y se persignó con ceniza.

Seguímos para Sevilla.

(«Revista Nacional de Cultura»,  
Caracas, Venezuela, Novbre. 1949)